

Racionalidad económica campesina

Peasant economic rationality

Fernando Landini

Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.

Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad de la Cuenca del Plata.

CONICET

landini_fer@hotmail.com

Resumen

Resulta indudable que la lógica a partir de la cual los campesinos toman decisiones en el ámbito de la producción, la comercialización, la inversión y el consumo, no se identifica con la que utilizan los empresarios capitalistas, los cuales organizan su actividad según otros parámetros. Ahora bien, no obstante la importancia de contar con una comprensión lo más acabada posible de la racionalidad económica campesina, se observa que los trabajos que contribuyen a este fin tienden a encontrarse dispersos en múltiples publicaciones, siendo difícil encontrar escritos que se ocupen de sintetizar sus aspectos más relevantes.

Por esta razón, el presente artículo, luego de desarrollar conceptos de fundamental importancia como 'estrategias', 'racionalidades' y 'cosmovisiones', se propone resolver esta limitación sistematizando las contribuciones realizadas por diferentes autores a la comprensión de la racionalidad económica campesina. Finalmente, con el objetivo de enriquecer los resultados del trabajo, se incorporan una serie de propuestas e ideas fuerza surgidas a partir de un estudio de caso realizado en la provincia de Formosa, Argentina.

Palabras clave: campesinado; economía; estrategias; racionalidad

Abstract

It is undoubtedly true that the logic through which peasants make decisions in the area of production, commercialization, investment and consumption is not the same as that the one used by businessmen, who organize their activities following other rules. Now, despite the importance of properly understanding peasant economic rationality, the papers aimed at this end tend to be disseminated in multiple publications, being difficult to find articles that synthesize its core features.

Thus, this paper, after presenting useful concepts such as 'strategies', 'rationalities' and 'worldviews', aims at overcoming this limitation synthesizing different scholars' contributions to the understanding of peasant economic rationality. Finally, with the objective of enriching this paper, I will add some interesting results of a case study conducted in the province of Formosa, Argentina.

Key words: peasantry; economy, strategies, rationality

1. Introducción

Cuando los campesinos toman decisiones en el ámbito de la producción, la comercialización, el ahorro, la inversión y el consumo, es decir, en el ámbito de la economía, lo hacen a partir de un conjunto de parámetros, reglas y supuestos propios, que no se identifican con la lógica capitalista de mercado (Bendini, Tsakoumagkos y Destefano, 1993; Bennholdt-Thomsen, 1988; Cáceres, Silvetti, Soto y Rebolledo, 1997; Henningsen, 2001). En efecto, si bien puede discutirse el contenido y las particularidades de su modo de pensar y actuar, no existe duda de que la lógica

empresarial de toma de decisiones orientada a la maximización planificada de las ganancias en relación al capital invertido, no permite explicar las decisiones que toman estos productores. No obstante lo anterior, el contenido de la lógica económica campesina resulta sumamente esquivo para los actores externos, cuya estructura mental se encuentra organizada en términos de los parámetros propios de las sociedades capitalistas modernas, lo que incluye también a científicos sociales y a agentes de desarrollo y extensión rural (Cáceres, 2003; Careño, 2006; Mora Delgado, 2007, 2008).

De hecho, lo que numerosas veces sucede es que, quienes trabajan e interactúan con productores campesinos, al carecer de parámetros para dar sentido a sus conductas, tienden a pensar, de manera espontánea e intuitiva, que sus acciones, muchas veces, carecen de sentido (Landini, Lacanna y Murtagh, 2009). Es decir, que son irracionales. Y no se trata aquí de responsabilizar por esta estrechez de miras a funcionarios y a técnicos que trabajan en ámbitos rurales. Muy por el contrario, se trata de señalar que éste es el modo de interpretación casi inevitable de quienes carecen de categorías y formas de comprensión que les permitan dar sentido a las conductas de los pequeños productores campesinos.

En consecuencia, atendiendo a esta dificultad para comprender al campesino, resulta necesario adoptar un enfoque amplio que permita “interpretar mejor algunos comportamientos definidos como ‘irracionales’ por algunos investigadores o extensionistas vinculados a proyectos de desarrollo rural” (Cáceres, 2003, p. 192). Y esto no como un fin en sí mismo, sino a partir de reconocer que la falta de comprensión de la racionalidad de los productores campesinos puede ser la causa del fracaso de múltiples proyectos de desarrollo rural (Cáceres, 2003; Cáceres et al., 1997; Chirinos, 2006; Vargas Jiménez, 1996). Es que, para llevar adelante cualquier iniciativa de desarrollo, resulta necesario tomar en cuenta la racionalidad de la población además de la lógica técnica (Lapalma, 2001; Robirosa, Cardarelli y Lapalma, 1990). Como dice concretamente Vargas Jiménez (1996): “los proyectos que se han implementado para mejorar la unidad económica campesina [en México], en su gran totalidad han fracasado por no considerar la racionalidad campesina dirigida a la sobrevivencia y al autoconsumo y no hacia la acumulación” (p. 43). Al decir de Cittadini y Pérez (1996), “el entender la lógica de estos sistemas debería posibilitar el desarrollo o la adecuación de ofertas técnicas apropiadas capaces de mejorar la productividad y la seguridad de los productores” (p. 38), de ahí la importancia fundamental de comprender las razones por las cuales los productores hacen lo que hacen (Cittadini y Pérez, 1996; Cittadini et al., 2001).

Ahora bien, pese a la importancia fundamental de comprender con el mayor detalle posible la racionalidad económica campesina, no parece existir en nuestro medio un trabajo científico que sintetice los aspectos estructurales o relativamente compartidos de esta racionalidad, los cuales aparecen fragmentados en numerosos trabajos y estudios de caso. Así queda delimitado con

claridad el objetivo de este artículo: reconstruir la lógica económica campesina.

Para hacerlo, en primer lugar, se precisarán los fundamentos conceptuales en los que se apoya este trabajo. Luego, a continuación, se expondrán los resultados de una revisión bibliográfica amplia realizada sobre la racionalidad económica campesina, la cual se verá enriquecida por los resultados de una investigación cualitativa efectuada en la provincia de Formosa (Landini, 2010a). Finalmente, se comentarán las reflexiones a las que ha dado lugar este trabajo.

2. Fundamentos conceptuales

2.1. Psicología comunitaria y construccionismo social

El presente trabajo se apoya en un marco conceptual amplio que se enriquece con los desarrollos de diferentes ciencias sociales. No obstante, su punto de partida se ubica en la psicología social comunitaria, una subdisciplina psicológica que se orienta al estudio de los procesos psicosociales de nivel comunitario desde la perspectiva del cambio y la transformación social (Montero, 1994, 2004). Ahora bien, situados en el marco de la psicología comunitaria, este trabajo también se apoya en una línea de investigación e intervención aún incipiente que ha sido denominada Psicología del Desarrollo Rural (Landini, 2010a, Landini, 2010b; Landini, Leeuwis y Long, 2011). En concreto, la psicología del desarrollo rural se define como un campo de problemas referidos al estudio de y a la intervención sobre los factores de carácter psicosocial que influyen en los procesos de desarrollo rural.

Uno de los elementos característicos de la psicología comunitaria que la diferencia de otros abordajes es su concepción de los seres humanos como sujetos activos, capaces de construir su propia realidad. En un primer sentido, este supuesto hace referencia a que las personas no están determinadas por las circunstancias ni por la estructura de la sociedad en la que viven, sino que tienen potencialidad para transformar sus condiciones de vida poniendo en acción sus propios recursos y capacidades, posicionamiento en línea con lo que en sociología del desarrollo ha sido denominado 'Abordaje Orientado al Actor' (Long, 2001). Ciertamente, esto no pretende negar la existencia de constricciones estructurales, pero sí implica confianza en la capacidad de las personas para transformar su contexto, aunque más no sea como potencialidad latente que deberá ser apoyada. En segundo lugar, concebir a las personas como sujetos activos, constructores de su propia realidad, significa sostener que lo que los seres humanos consideramos 'realidad' no es más que el resultado de un proceso de construcción social (Burr, 1999; Gergen, 1996, Ibáñez; 2001; Potter, 1998). En definitiva se argumenta que la 'realidad', así como las categorías, significados y conocimientos a partir de los cuales asignamos un sentido a las personas y al mundo en el que vivimos para actual en él, no son un reflejo de las cosas como son en sí mismas sino el resultado de una construcción humana histórica.

Una de las conclusiones más interesantes de esta perspectiva es que, si la realidad es una construcción humana generada en los espacios de interacción social, entonces los diferentes grupos sociales, los cuales poseen distintos espacios de interacción, pueden construir diferentes realidades, es decir, diferentes cosmovisiones. Y esto, no sólo por ser distintos los espacios de interacción, sino por corresponder a intereses, problemáticas o posiciones sociales también diferenciadas. Así, encontramos que, hasta cierto punto, los diferentes grupos que componen la sociedad poseen distintas percepciones de la realidad, así como diferentes intereses, perspectivas, respuestas emocionales, modos de validación de los conocimientos, etc. Claro está, esta afirmación no niega la existencia de elementos o marcos compartidos, pero sí busca enfatizar en la existencia de estas discontinuidades que muchas veces hacen imposible comprender la perspectiva de actores o sujetos sociales diferentes si procuramos hacerlo únicamente desde nuestros propios parámetros, como tiende a suceder en el caso de los extensionistas rurales en su relación con los productores campesinos.

Dentro del marco del construccionismo social se ubica la teoría de las representaciones sociales (Jodelet, 1986). Las representaciones sociales son organizaciones de conocimientos del sentido común que poseen los diferentes grupos que componen la sociedad sobre determinados aspectos u objetos relevantes para su vida social. Dado que las representaciones sociales están relacionadas con los grupos sociales de pertenencia, resulta claro que en distintos grupos sociales circularán diferentes representaciones del mismo objeto (Morais Shimizu & De Stefano Menin, 2004). Importante mencionar que las representaciones sociales funcionan tanto como vías para comprender la realidad cotidiana como para orientar comportamientos dentro de ella (Howarth, 2006; Jodelet, 1986; Krause Jacob, 1999).

Los desarrollos mencionados, nos permiten llegar a dos conclusiones de interés que nos ayudan a encuadrar el presente trabajo. La primera, que distintos grupos o actores sociales poseen diferentes representaciones o formas de comprender la realidad, por lo que no ven al mundo de la misma manera. La segunda, que las conductas de los actores se vinculan con su manera particular de dar sentido a la realidad. De esto se sigue la necesidad de comprender la perspectiva de los actores como forma de dar sentido a sus conductas y, así, generar estrategias de intervención social que sean adecuadas a esas percepciones, cosmovisiones o mundos de sentido. Analicemos ahora los conceptos de estrategias y racionalidades, comúnmente utilizados en el contexto de los estudios sociales agrarios, para articularlos con los ya referidos de representaciones, cosmovisiones y mundos de sentido.

2.2 Estrategias, racionalidades y cosmovisiones

Con el fin de estudiar y sistematizar las modalidades de acción de los pequeños productores

campesinos ha sido utilizado un conjunto de conceptos, particularmente los de 'estrategias' y 'racionalidades' (este último también denominado 'lógica'). En cuanto a la noción de 'estrategias', en la bibliografía científica pueden encontrarse distintos trabajos que hablan de 'estrategias de reproducción social', 'estrategias de subsistencia' y 'estrategias alimentarias', entre otras. Vizcarra Bordi (2004) citando a Foucault (1992) señala que la palabra 'estrategia' hace referencia a un conjunto de opciones o elecciones que se realizan para alcanzar un objetivo. Por su parte Bordieu (1988) y a Bordieu y Wacquant (1995) (citados en Silveti y Cáceres, 1998) sostienen que las 'estrategias de reproducción' constituyen un conjunto muy amplio de acciones realizadas por individuos o actores sociales para mantener o mejorar su posición social o para maximizar su acceso a beneficios materiales o simbólicos, siempre en el contexto de las restricciones de la estructura social. Así, puede entenderse por 'estrategias campesinas' a las opciones regulares o relativamente estables que toman las familias de pequeños productores para alcanzar la subsistencia material y la reproducción social, teniendo en cuenta las constricciones estructurales, entre las cuales se destacan la disponibilidad de mano de obra familiar y los precios relativos de los mercados agrícolas (Carmagnani, 2008), así como las características productivas de la zona y los recursos económicos disponibles (Manzanal, 1993).

Las estrategias adoptadas por los campesinos para alcanzar la subsistencia y la reproducción social en el contexto de la mercantilización de sus economías son múltiples y dependen de las restricciones específicas a las que deban enfrentarse. Sin embargo, las mismas tienen como base la disponibilidad de mano de obra familiar, la que se considera "el elemento clave de la economía campesina" (Orozco Hernández y López Andrés, 2008, p. 247) ya que ella puede ser asignada de manera variable y flexible a diversos fines, entre los que se destacan la producción para el mercado, el cultivo de productos para autoconsumo y el trabajo extrapredial, sea o no agropecuario (Bendini et al., 1993; Vargas Jiménez, 1996). Junto a estas posibles opciones que configuran la base de las estrategias campesinas, se encuentran otras fuentes de ingreso como pueden ser las remesas enviadas por familiares migrantes (Guzmán Gómez y León López, 2005), la gestión de proyectos de desarrollo (Ortiz, 2008) e incluso la búsqueda de planes sociales o sueldos políticos (Camardelli, 2005). Finalmente, debe quedar claro que cuando se hace referencia a las estrategias campesinas no se está hablando de una estrategia única sino de una multiplicidad de ellas, cada una referida a situaciones contextuales y familiares específicas.

A diferencia de la noción de 'estrategia', el concepto de 'racionalidad' (o 'lógica'), si bien es comúnmente utilizado, no parece haber sido desarrollado o definido con la misma precisión. Concretamente, 'racionalidad' hace referencia al conjunto de principios o reglas subyacentes que explican o dan sentido a las acciones, opciones o decisiones de un actor social. En un trabajo realizado por Cittadini et al. (2001), los autores se proponen "entender por qué el productor hace lo que hace" (p. 121), es decir, comprender su racionalidad, para lo cual parten del supuesto de

que “las prácticas están ligadas al operador. No son arbitrarias ni estrictamente individuales, sino que reenvían a una regla de comportamiento subyacente” (p. 121). Algo similar argumenta Gallopón (1982) (citado en Bendini et al., 1993) cuando sostiene que “las acciones ejercidas por los actores sociales casi nunca son aleatorias o caprichosas, sino que responden a una determinación lógica o racionalidad” (p. 18). Así, teniendo en cuenta que las acciones de los miembros de un grupo social tienden a permanecer estables a lo largo del tiempo en contextos específicos, se entiende por racionalidad al conjunto de principios o reglas subyacentes que se actualizan y presentifican en sus conductas, dando cuenta de su sentido y sus razones.

Ahora bien, hechas estas precisiones, cabe preguntarse por la relación que se establece entre estrategias, racionalidades y mundos de sentido, ya que, si bien se trata de conceptos interrelacionados, sus vínculos no resultan del todo claros. Para responder a este interrogante puede decirse que las cosmovisiones o mundos de sentido constituyen el concepto más abarcativo, incluyendo el conjunto de conocimientos cotidianos, representaciones, categorías y significados, construidos en la interacción social, por medio de los cuales los sujetos ordenan y dan sentido a su realidad humana. Luego, las racionalidades, entendidas como principios o reglas de acción que subyacen a las prácticas de los sujetos, surgirían de la concretización de las cosmovisiones en lineamientos de acción que permiten guiar las prácticas en el marco de las condiciones estructurales en las que le toca vivir a cada grupo o actor social. Finalmente, las estrategias serían patrones de conducta relativamente estables que se orientan a reproducir y a mejorar las condiciones de existencia de los sujetos en los particulares contextos en los que les toca vivir a partir de la puesta en práctica de los principios de acción que conforman las racionalidades. De esta forma, los mundos de sentido de los distintos actores y grupos sociales se expresarían en racionalidades, entendidas como conjuntos de principios de acción, los cuales se convertirían en estrategias al concretizarse en prácticas más o menos estables destinadas a alcanzar la subsistencia, la reproducción social o la mejora de las condiciones de vida en contextos sociales y materiales específicos.

Asumido este entramado conceptual, puede comprenderse mejor el hecho de que las racionalidades, al surgir de una realidad o cosmovisión compartida por un determinado grupo social, sean percibidas por quienes adhieren a ellas como reglas de acción lógicas, coherentes y, más todavía, autoevidentes, las cuales no necesitan más explicación que su propia existencia.

Finalmente, cabe aclarar que resulta inapropiado hablar de una racionalidad económica campesina sin hacer referencia a que la existencia de diferentes grupos de campesinos con diferentes valores, representaciones y cosmovisiones lleva necesariamente a la existencia de diferentes principios y reglas de acción, es decir, a diferentes racionalidades. No obstante, y aun reconociendo esta ineludible diversidad, dado que las condiciones de existencia de estos productores suelen tener similitudes que los llevan tanto a generar cosmovisiones semejantes en

múltiples aspectos como a tener que enfrentarse a constricciones estructurales similares, existe un margen para hablar de una *racionalidad campesina compartida*, entendida como aquella compuesta por los elementos que tienden a repetirse en la mayoría de los casos. Frente a esto podría argumentarse que la tarea de mayor interés sería dar cuenta de esta diversidad en lugar de proponerse la identificación de elementos compartidos. No obstante, siguiendo los posicionamientos conceptuales asumidos y el interés que una tarea de estas características puede tener para quienes se desempeñan en proyectos de desarrollo con pequeños productores, en este trabajo procuraré reconstruir los aspectos compartidos de la racionalidad económica campesina, sin pretender con esto negar la importante variabilidad que puede existir más allá de estos elementos comunes.

3. Caracterización de la racionalidad económica campesina

A continuación se procuran sistematizar los principios, reglas, supuestos y objetivos que conforman la racionalidad económica campesina. Se opta por focalizar en la racionalidad antes que en las estrategias dado que lo que se busca es reconstruir los principios relativamente compartidos que se encuentran en la base de las conductas y acciones de estos productores y no las prácticas concretas que éstos llevan adelante en contextos específicos, tarea más propia de estudios de caso.

Cabe aclarar aquí que, pese a que la diferencia entre racionalidades y estrategias campesinas es suficientemente clara a nivel conceptual, a nivel concreto pueden existir algunas zonas grises. No obstante esta limitación, se propone mantener la diferenciación analítica procurando hacer visible la diferencia existente entre los principios que guían la acción y las prácticas en las cuales éstos se concretan en contextos específicos.

Como se señaló previamente, el presente apartado se divide en dos secciones. En la primera se desarrollan las conclusiones de una revisión bibliográfica realizada en torno a estas cuestiones, mientras que en la segunda se comentan los resultados de una investigación efectuada en la provincia de Formosa, con el fin de presentar algunos aportes originales a la temática.

3.1. La racionalidad económica campesina desde los aportes de la bibliografía

1. La actividad económica y productiva campesina se organiza en torno al aprovechamiento de la mano de obra familiar. Como señalan numerosos autores, el campesinado basa su desarrollo en una amplia utilización de la mano de obra familiar disponible (e. g. Giarracca y Aparicio, 1995; Manzanal, 1993; Orozco Hernández y López Andrés, 2008), la cual es orientada de manera flexible hacia fines diversos según los diferentes contextos. Esto incluye tanto cultivo de productos para autoconsumo y para el mercado como realización de labores extraprediales, agropecuarias y

no agropecuarias. Así, se reconoce como principio organizador de la economía campesina el uso de la mano de obra familiar disponible, la cual puede aplicarse de manera diversa expresándose en estrategias diferenciadas en contextos territoriales y familiares diferentes.

En el contexto campesino, la utilización de mano de obra familiar incluye la de aquellos integrantes cuya fuerza de trabajo tiene un costo de oportunidad cercano a cero, como niños y ancianos, ya que se trata de personas que usualmente no podrían conseguir una remuneración en un contexto económico diferente (Cáceres, 1995, 2003; Centeno Bautista, López Díaz y Juárez Estrada, 2007). Es así que, en caso de colocar productos en el mercado, los campesinos pueden competir con las empresas capitalistas, de mayor productividad, mediante una sobreexplotación de la mano de obra familiar (Bennholdt-Thomsen, 1988; Cáceres, 1995; Pizarro y Nazif, 1988), pagándose jornaleros casi exclusivamente en el caso de rubros orientados al mercado (Cáceres, 2003). De esta manera, siendo la base de su actividad económica el trabajo familiar, cobra un lugar central la composición del núcleo doméstico y el momento del ciclo vital en que se encuentran sus integrantes (Bendini et al., 1993; Madera Pacheco, 2000).

Se ha argumentado que el trabajo familiar es el único recurso abundante en la economía campesina, lo que llevaría a un excedente estacional de mano de obra (Bendini et al., 1993; Manzanal, 1993), aunque también es posible que existan etapas críticas de escasez relativa, dependiendo del ciclo anual de actividades (Berdegué, Díaz, García, y Quezada, 1988). Sin embargo, son varios los trabajos que ponen en duda esta excedencia como elemento constitutivo de la economía campesina (Carenzo, 2006; Silveti y Cáceres, 1998). En efecto, se argumenta que la reorganización actual de las estrategias de subsistencia y reproducción social del campesinado producto del deterioro que ha experimentado su economía lo han llevado a incrementar sus tareas extraprediales, lo que tiende a absorber la mano de obra que en otros momentos podría haber quedado ociosa (Cáceres, 2003). Y esto, aun en el caso de estratos de mayores ingresos (Ramírez Juárez, 2008). Como señala Madera Pacheco (2000), “se trata de utilizar de la manera más adecuada el insumo fuerza de trabajo familiar, por lo que todos sus miembros encuentran una función útil, ya sea bajo el esquema de producción o de reproducción dentro de la unidad, o bien mandándolos a trabajar fuera de ella” (p. 151).

Todo lo anterior lleva a que, en definitiva, la unidad de producción campesina no pueda ser entendida por fuera de la familia campesina (Berdegué, Díaz, García, Nazif y Quezada, 1988; Cáceres, 1995, 2003; Manzanal, 1993) por lo que los fines económicos de la unidad productiva estarán imbricados con los sociales y afectivos de la unidad familiar.

2. La actividad económica campesina se orienta a la subsistencia familiar y no a la obtención de ganancias sobre el capital invertido (van der Ploeg, 2009). El campesino, a través de diferentes estrategias, busca como principal objetivo alcanzar la subsistencia de su grupo familiar, lo cual implica en términos generales alimentación y un ingreso económico básico (Waithaka, Thornton,

Herrero y Shepherd, 2006). Así, procura obtener una entrada global que le permita alcanzar ese fin (Ayalew, King, Bruns y Rischkowsky, 2003; de la Barra y Holmberg, 2000; Manzanal, 1993; Ramírez Juárez, 2008), siempre, claro está, a un riesgo mínimo y controlado. Esto no significa que un ingreso adicional o una ganancia no sean deseados y aun buscados activamente, incluso cuando no resulten necesarios (Camardelli, 2005). Pero, en todo caso, esto no se convierte en una condición necesaria para iniciar la actividad productiva como sí sucede en el caso de las empresas capitalistas (Bendini et al., 1993; Bennholdt-Thomsen, 1988; Cáceres, 1995).

Dicho de otro modo, el campesino no requiere, como el empresario, que la actividad económica que realiza produzca un excedente por sobre la remuneración de la mano de obra requerida por el emprendimiento que sirva para retribuir al capital invertido. Por el contrario, se siente satisfecho con poder subsistir con dignidad, sin tomar en consideración la relación existente entre los ingresos obtenidos y el capital invertido (tierra y maquinarias), núcleo del funcionamiento de la empresa capitalista. Es que el campesino, al no poder (en términos generales) reorientar los recursos económicos de que dispone hacia actividades económicas diferentes, toma la dotación de capital que posee como un hecho dado que no requiere ningún tipo de remuneración, ya que no puede comparar entre opciones de inversión alternativas. Por el contrario, el empresario, al poder evaluar de manera comparativa los rendimientos potenciales de distintos rubros y emprendimientos, tenderá a elegir aquellos con una mayor tasa de ganancia dentro del perfil de riesgo que prefiera.

Ahora bien, afirmar que el objetivo principal de la actividad económica campesina es la subsistencia familiar y no la obtención de ganancias sobre el capital invertido, no significa que la búsqueda de excedentes nunca pueda constituirse en un objetivo de la explotación. Lo que sucede es que éste nunca será el objetivo principal y, en caso de estar presente, deberá negociar su preponderancia con muchos otros factores y prioridades.

Finalmente cabe agregar que, en sentido estricto, la actividad campesina se orienta a la obtención de un ingreso global que permita alcanzar el objetivo de subsistencia indicado. Es decir, no detiene su actividad en el momento en que alcanza unos mínimos alimentarios básicos ni se orienta a buscar la mejor relación costo-beneficio entre el esfuerzo invertido y los resultados esperados. Por el contrario, aplica su capacidad a la obtención del ingreso global máximo que le permita su fuerza de trabajo disponible, utilizada a una intensidad y según unas pautas culturalmente apropiadas.

3. En el desarrollo de sus actividades económicas y productivas, los campesinos prefieren controlar y/o reducir los riesgos antes que maximizar los ingresos. Dadas las condiciones estructurales en las que se encuentran inmersos, caracterizadas por un alto grado de imprevisibilidad a causa del clima, la potencial aparición de plagas y las importantes fluctuaciones en el precio de los productos en los mercados agrícolas, los campesinos prefieren reducir los

riesgos de fallas o pérdidas antes que procurar maximizar las ganancias o ingresos (Ayalew et al., 2003; Patiño, 2000; Stage y Rekve, 1998). Esto, al menos, dentro de las posibilidades que tienen a su alcance (Cáceres et al., 1997). Lo que implica, por ejemplo, preferir variedades con menores rendimientos pero que soporten mejor condiciones climáticas adversas (Soleri et al., 2008) o evitar innovaciones o proyectos que ‘podrían ir mal’ (Henningesen, 2001).

Para comprender mejor esto debe tenerse en cuenta que la actividad campesina está orientada a la subsistencia y no a la acumulación (Manzanal, 1993) y que se realiza en condiciones donde el acceso a recursos como tierra y capital es limitado (Tsakoumagkos, Soverna y Craviotti, 2000). En términos prácticos, esto significa que los campesinos juegan su subsistencia material en los resultados de la producción de cada año, ya que no cuentan ni con seguros ni con ahorros suficientes para salir airosos de una cosecha realmente mala. De esta manera, si el empresario capitalista, que cuenta con recursos económicos que lo respalden, prefiere la alternativa productiva que maximiza la tasa media de producción y de ganancia de su explotación, el campesino procura evitar aquellos años malos en los que su subsistencia podría ser puesta en riesgo. Así, en este contexto, la preferencia por la reducción de riesgos antes que por el incremento de la producción o los beneficios adquiere pleno sentido.

La diversificación, ya sea de productos, de fuentes de ingreso o de épocas de cultivo (entre otras alternativas descritas por Cáceres [2006]) representa la estrategia más extendida de reducción de la incertidumbre en la economía campesina (Cáceres, 2006; Chonchol, 1990; Monares y Bustamente, 2004 [citados en Lobos Andrade, 2005]; Mora Delgado 2007, 2008). Así, al cultivarse diversos productos, si el precio de uno baja el otro puede subir, minimizándose el riesgo que se correría al tener uno solo (Chirinos, 2006). Por otra parte, hay que tener presente que se incluyen dentro de la tendencia a la diversificación y a la reducción de riesgos el trabajo extrapredial y la migración (Orozco Hernández y López Andrés, 2008; Patiño, 2000), en tanto fuentes alternativas de recursos. O, incluso, la búsqueda de planes sociales, los cuales suelen ser particularmente valorados frente al ingreso agrícola por ser seguros y no depender del clima ni de los vaivenes de los mercados (Guzmán Gómez y León López, 2005). Como señala Cáceres (2003), “en menos de un siglo se pasó de una estrategia que ponía el foco en la diversificación *productiva* (predial), a otra en la que domina la diversificación de *actividades* (prediales o extraprediales)” (p. 185).

Un punto adicional en relación a la búsqueda de reducción de riesgos es su vinculación con el asociativismo. Es que, dado que las estrategias cooperativas si bien son potencialmente más beneficiosas económicamente, también implican un grado mayor de incertidumbre por el aumento de la dependencia frente a los otros. Así, la búsqueda de reducción de riesgos representa una traba adicional para el desarrollo de estrategias asociativas. Como señalan Barría, Cereceda, Ortega y Aliaga (1988, referidos en Valtriani, 1994), “el pequeño productor busca una salida colectiva a sus problemas, sólo cuando ha agotado sus instancias de solución individual” (p. 123),

es decir, cuando no tiene más alternativas.

4. Los campesinos, para desarrollar su vida y su actividad productiva, esperan contar cada vez con más bienes y servicios que sólo pueden adquirirse con dinero. La imagen del sentido común del campesino tiende a representarlo como un sujeto autosuficiente que se organiza en torno al trabajo familiar y a la producción de autoconsumo. No obstante, en el contexto de las sociedades actuales resulta indiscutible que las economías campesinas se encuentran hoy en un proceso de creciente mercantilización (Cáceres, 1995; Chonchol, 1990), lo que lleva a las familias de productores a requerir montos crecientes de dinero para desarrollar sus actividades y para hacer frente a nuevas necesidades y obligaciones (Silveti y Cáceres, 1998). Como señala Bennholdt-Thomsen (1988) “los actuales campesinos de México [y los de la mayor parte de los países] son todos productores de mercancías, debido a que nadie puede subsistir sin dinero” (p. 24).

Los factores que llevan a la mercantilización de las economías campesinas son múltiples. Entre ellos cabe destacar la disminución de la producción de autoconsumo (véase por ejemplo el trabajo de Silveti y Cáceres [1998] para el caso cordobés), el incremento de las expectativas de vida, lo que lleva a la demanda de artículos que sólo pueden ser comprados con dinero (heladeras, motos, celulares, etc.) y la aparición de nuevos insumos como semillas y agroquímicos, crecientemente demandados por estos productores. Así, una menor disponibilidad de bienes que pueden reemplazar compras, principalmente de alimentos, un aumento del requerimiento de insumos o herramientas que generalmente sólo pueden obtenerse en el contexto del mercado (semillas, agroquímicos, etc.) y la expectativa de contar con comodidades propias de la vida moderna, se combinan para que las familias campesinas se sientan en la necesidad de generar estrategias para acceder a montos crecientes de dinero. Como señala Cáceres (1995), el núcleo de estas estrategias parece reestructurarse a partir de una reorientación del perfil productivo de las explotaciones agropecuarias, incrementándose los rubros orientados al mercado y los trabajos extraprediales y reduciéndose aun más los productos de autoconsumo.

5. La actividad económica y productiva que llevan adelante es percibida por las familias campesina como una totalidad articulada, lo que dificulta pensar los rubros o las diversas fuentes de ingreso como independientes. Salvo en los casos en los cuales la diversificación de la producción es mínima, se observa que los campesinos, para la obtención del máximo ingreso global que está a su alcance, no dividen o separan su producción en rubros. Es decir, no tienden a evaluar de manera independiente ni los beneficios ni los esfuerzos específicos que les requiere cada producto. Por el contrario, conciben a la actividad predial como un todo integrado en el cual los distintos productos se encuentran articulados unos con otros de manera compleja, como cuando se cultivan granos para alimentar aves y vacunos, que a su vez son utilizados como carne, como fuerza de trabajo o como fertilizante a partir de sus excrementos (Chonchol, 1990). Esto diferencia al sistema campesino de la empresa agropecuaria, en la cual cada rubro se maneja y

evalúa por separado (Berdegué, Díaz, García, Nazif y Quezada, 1988), pudiéndose tomar decisiones a partir de una consideración cuantitativa de los beneficios diferenciales, generándose usualmente estrategias centradas el monocultivo.

En esta línea, también cabe mencionar la articulación constitutiva que existe entre ingresos prediales y extraprediales desde la mirada campesina, ya que usualmente es a partir de la suma de ambos que la subsistencia se hace posible, no pudiendo ser alcanzada por ninguno de ellos de manera independiente. Así, dada esta indivisibilidad entre rubros productivos y entre ingresos prediales y extraprediales, pueden observarse transferencias de recursos de unas actividades a otras (Ramírez Juárez, 2008) llegando incluso a subsidiar con los ingresos de las más rentables aquellas que no lo son (Barkin, 2006).

6. Los campesinos tienden a organizar y a evaluar sus actividades económicas y productivas priorizando el corto plazo. Son varios los aspectos de la vida campesina que llevan a estos productores a evaluar su realidad y a organizar su accionar en términos de corto plazo. Y no es que les falte capacidad o voluntad para pensar en alternativas diferentes sino que su contexto de vida hace de esta mirada una modalidad adaptativa que les permite sobrevivir. Obviamente que resulta extraño para quienes miran la situación del productor con ojos diferentes. Pero para comprenderlo hay que mirar desde su propio punto de vista.

Para hacer esto, debe partirse de la situación real de pobreza en que vive la mayor parte de los campesinos, lo que hace de la supervivencia material algo que está en juego y debe resolverse día a día. Es que comer y acceder a bienes mínimos no es algo que esté dado por sentado. En efecto, los campesinos usualmente no cuentan ni con un ingreso fijo ni con ahorros o reservas que les permitan tener una mirada estratégica de largo plazo. Peor todavía, dependen de los vaivenes de los precios de los mercados, las inclemencias climáticas y la potencial aparición de plagas que pueden llevarlos a perder su producción por completo dejándolos en la miseria. Lo que para un empresario capitalista puede ser una pérdida económica, para estos pequeños productores puede significar pasar hambre. Así, en este contexto cobra sentido que la visión el campesino esté centrada en el corto plazo, en el que se juega su supervivencia, y no en el mediano o incluso largo plazo que le proponen los proyectos de desarrollo rural (Carenzo, 2006).

Ahora bien, esta mirada centrada en el presente se ve reforzada por la falta de control que percibe el campesino sobre su ambiente de vida. Como señalan Plunkett y Buehner (2007), cuando los individuos perciben que el ambiente en el que se mueven está en buena medida fuera de su propio control, tienden a valorar mucho más los beneficios actuales o inmediatos que los futuros y a restar importancia a los problemas o consecuencias negativas que podrían sobrevenir con el paso del tiempo. Como señala Banfield (1958, citado en Seligman, 1989), es altamente improbable que una persona ahorre o invierta con su esperanza puesta en el futuro si percibe que su bienestar depende en forma crucial de factores que están fuera de su control.

Interesante articular esta visión centrada en el corto plazo con el comentario de muchos extensionistas rurales de que es común que los pequeños productores manifiesten gran interés en el momento de recibir subsidios o créditos pero que luego no se comprometan con las actividades o los objetivos de los proyectos a partir de los cuales se obtuvo la financiación. No obstante, dada la tendencia a priorizar el corto plazo, en el que se juega la supervivencia (y en el que se espera recibir las ayudas o subsidios), y no el mediano o largo plazo que proponen los proyectos de desarrollo rural, no resulta extraño que los beneficiarios se sientan más atraídos por beneficios inmediatos que por iniciativas centradas en el futuro cuyos resultados perciben como difusos e inciertos. Así, para el productor campesino resulta razonable desarrollar estrategias activas para maximizar su acceso a recursos como ayudas o subsidios (Silvetti y Cáceres, 1998) en tanto forma alternativa de buscar la subsistencia, aun cuando los objetivos de mediano o largo plazo en los que focalizan los agentes de desarrollo no constituyan para él o para ella una prioridad.

7. Los campesinos poseen parámetros, prioridades y objetivos propios para generar, valorar y adoptar (o no) innovaciones tecnológicas u organizativas que no suelen ajustarse a los de extensionistas y expertos. A diferencia de lo que muchos extensionistas pueden suponer, los campesinos no se resisten ni oponen *a priori* al cambio tecnológico o a la adopción de nuevas prácticas productivas. Lo que sucede, es que ellos evalúan las propuestas de los profesionales desde otro marco conceptual, el saber local, y a partir de otros objetivos, premisas y prioridades.

Los conocimientos que los campesinos tienen sobre las prácticas productivas que realizan y el medio natural en el que viven han sido conceptualizados de múltiples maneras, destacándose la noción de 'saber local' (Chaves Alves, 2005; Medina, 1996; Mora Delgado, 2008; Uzeda Vásquez, 2005). Ahora bien, como muchos autores han resaltado, se trata de saberes que poseen una lógica diferente a la de los conocimientos técnicos y científicos propios de los extensionistas. En efecto, los saberes locales se desarrollan a partir de la observación minuciosa y no controlada de la naturaleza en contextos de vida reales (Nuñez, 2004), y son transmitidos de generación en generación por la tradición oral en entornos informales directamente vinculados con la práctica (Gómez Espinoza y Gómez González, 2006). Se trata, además, de conocimientos parciales, difusos y aun contradictorios (Uzeda Vásquez, 2005) que usan de la metáfora y del carácter simbólico del lenguaje para comunicar (Medina, 1996).

De esta manera puede observarse que las diferencias existentes entre los saberes de los campesinos y los conocimientos técnicos de los profesionales no refieren solo a una simple cuestión de cantidad o de tipos de contenidos, sino más bien a una diferencia fundamental a nivel de su estructura y naturaleza. Y como los seres humanos interpretamos la realidad y damos sentido a las experiencias a partir nuestros conocimientos y supuestos previos (Gergen, 1996), los campesinos interpretan y valoran las propuestas de los extensionistas a partir de sus propias premisas, que difieren profundamente, como se señaló, de las del profesional.

Ahora bien, aún en los casos en los cuales campesinos y extensionistas puedan acordar en cuanto a la naturaleza de propuestas técnicas específicas y a los beneficios potenciales que éstas podrían traerle, es posible que las elecciones de estos productores difieran de las del técnico, ya que los objetivos, preferencias y prioridades suelen ser diferentes. En efecto, los campesinos comprenden su contexto y toman decisiones teniendo en cuenta, muchas veces, sistemas de valor y criterios sobre la propiedad que no se identifican con los de la economía capitalista de mercado o priorizando elementos de la dinámica comunal y familiar por sobre la obtención de utilidades (Patiño, 2000). O, como se señaló anteriormente, prefieren reducir los riesgos antes que maximizar los rindes o las ganancias. Así, una propuesta técnica orientada al aumento de los beneficios no necesariamente será bien recibida si aumenta la incidencia de factores que el campesino percibe fuera de su control.

Resulta claro, entonces, que las propuestas técnicas nunca son adoptadas de manera directa, acrítica o irreflexiva, sino que son evaluadas en cuanto a su utilidad y pertinencia a partir de los saberes locales previos y de las propias preferencias y prioridades (Landini, 2010c). Es que la experiencia ha mostrado a los pequeños productores que los conocimientos del extensionista no siempre son adecuados en condiciones concretas de producción campesina. Así, se observa que las propuestas son sometidas a procesos de ensayo y error a pequeña escala, con el objetivo de evitar riesgos y fracasos (Cáceres et al., 1997; Carenzo, 2006) generándose muchas veces formatos tecnológicos híbridos que articulan prácticas tradicionales y modernas (Berdegué, Díaz, García, Nazif y Quezada, 1988; Berdegué y Nazif, 1988; Cáceres, 2003; Chirinos, 2006), priorizándose aquellas cuyos resultados son más valorados, no necesariamente por ser las más eficientes o rentables.

3.2. Contribuciones desde un estudio de caso

Luego de haber procurado sistematizar distintos aspectos propios de la racionalidad económica campesina presentes en la bibliografía científica, se desarrollan a continuación algunas propuestas adicionales que surgen de una investigación realizada en la provincia de Formosa (Argentina). Se trata de un estudio de caso que tuvo por objetivo describir y comprender los procesos psicosociales que influyen en los proyectos de desarrollo rural que benefician a población campesina. La metodología utilizada fue cualitativa, realizándose más de cinco meses de observación participante y 82 entrevistas a pequeños productores y a otros actores como extensionistas rurales y funcionarios municipales (Landini, 2010a).

Así, a partir de la investigación realizada, que aportó al conocimiento del modo en que los campesinos de la localidad estudiada se comprenden a sí mismos y dan sentido al mundo en el que viven y a las actividades que realizan, resulta posible proponer una serie de premisas

adicionales que pueden contribuir a la comprensión de la racionalidad económica campesina. No obstante, dado que se trata de un estudio localizado en un territorio particular, es menester tomar con precaución estas conclusiones considerándolas simples hipótesis de interés, hasta tanto sus resultados no sean apoyados por otros estudios. Clarificado el contexto en el cual surgen los resultados que siguen a continuación, se avanza con su desarrollo.

8. Los campesinos, en el estudio de caso realizado, mostraron una tendencia a evaluar de manera directa y concreta los resultados económicos de su actividad productiva así como todo tipo de transacciones, principalmente aquellas que llevan implícitas operaciones matemáticas (Landini, en prensa). En el contexto de emprendimientos económicos de tipo empresarial, incluyendo dentro de ellos la actividad de los productores agropecuarios estructurados, la evaluación numérica de los beneficios económicos de la explotación, medida en términos brutos y porcentuales, constituye una práctica estándar. En este sentido, el registro de gastos e ingresos es una actividad que forma parte constitutiva de la gestión del emprendimiento productivo. En contrapartida, la evidencia proveniente del estudio de caso realizado en Formosa y de la experiencia de numerosos extensionistas rurales, muestra que los productores campesinos no suelen ni llevar un registro escrito de sus ingresos y egresos ni evaluar en términos de cálculos matemáticos los resultados de su actividad.

Valorando el retorno económico de una actividad productiva como el cultivo de algodón u hortalizas, los campesinos de la provincia de Formosa pueden llegar a la conclusión de que salieron ganando, perdiendo o empatados. Cuando un productor dice que salió ganando, nos está diciendo que sus ingresos fueron sustancialmente más altos que los gastos en efectivo que realizó en el proceso. O, en términos concretos, que el dinero que le quedó luego de haber saldado sus deudas con almaceneros y patronos proveedores de insumos, le permitió hacer algún gasto que vaya más allá de la mera supervivencia, como la compra de un electrodoméstico, la mejora de su casa o la adquisición de animales vacunos. En definitiva, salir ganando es cumplir con las expectativas de desarrollo y bienestar familiar que, desde el punto de vista del campesino, le corresponden.

Durante la investigación se preguntó a los campesinos cómo hacían para saber si habían salido ganando o perdiendo durante una campaña, imaginando que organizaban su actividad como un negocio, esperando que hablaran de registros de gastos e ingresos. Sin bien algunos respondieron que llevaban algún tipo de anotación, se observó que, en la mayoría de los casos, la evaluación que se hace es más directa, poniendo el foco en lo que queda después de cumplir con los gastos propios de la reproducción de la vida (pago de deudas, compra de comida, preparación de suelo y adquisición de semilla). Como dijo un productor: “te das cuenta [si ganaste] cuando te comprás un pantalón, un zapatito, cuando te sobra algo”. En este sentido, resulta evidente que el campesino no organiza su actividad como un negocio sino que se propone subsistir y mejorar las

condiciones de vida de su familia, sin que el monto preciso de gastos, ingresos o beneficios netos sea un dato determinante o que resalte dentro de sus preocupaciones, como sucede en el caso del empresario. Así, se observa que la evaluación que hace el campesino de los resultados económicos de su explotación, no se basa en la aplicación de operaciones matemáticas ni en mecanismos abstractos sino en evidencias concretas, como aquello que le sobra luego de pagar todo lo que tenía que pagar.

De hecho, también cuando se procuró preguntar sobre situaciones hipotéticas en las cuales se presentaban distintas alternativas de cobro por la venta de productos, se tuvo mucha dificultad para obtener respuestas para situaciones propuestas que no eran percibidas como potencialmente reales. Así, resultaba evidente la dificultad para pensar estos procesos en términos abstractos o hipotéticos, prefiriéndose modalidades concretas asociadas con la experiencia real.

Otro ámbito en el cual puede observarse esta tendencia a evaluar de manera concreta los procesos económicos sin atender a las operaciones matemáticas que están implícitas en ellos, es el del ritmo de los ingresos en ocasión de la venta de productos. En términos generales, autores como Waithaka et al. (2006) así como diversos extensionistas entrevistados han señalado que los campesinos prefieren productos que pueden venderse al por mayor generando ingresos concentrados. Procurando analizar esta preferencia se hicieron distintas preguntas a los pequeños productores de la zona, observándose que el 65% estaba dispuesto a pagar una tasa anualizada del 1243% para concentrar en un cobro inmediato de 1500 pesos aquello que se proponía pagar en cuatro cuotas mensuales de 500. Evidentemente, eran los montos concretos más que la tasa de interés implícita lo que estaba generando la preferencia por ingresos concentrados, lo que refuerza la hipótesis de que los campesinos evalúan de manera directa este tipo de alternativas, a partir de la visualización de los montos totales y no de los porcentajes subyacentes.

Finalmente cabe señalar el carácter confuso con que muchos campesinos utilizaron durante las entrevistas las palabras 'crédito' y 'subsidio', lo que hace intuir que desde su perspectiva estos conceptos se identifican más de lo que se piensa. Y esto, posiblemente porque lo que prime en la mente del productor sea el hecho de la obtención del dinero, algo absolutamente concreto, y no el compromiso o deber de pago, que no es más que un hecho potencial, que incluso podría nunca llegar a darse.

9. Los campesinos, en el estudio de caso realizado, mostraron poseer conocimientos, habilidades y metodologías para manejarse eficientemente en contextos de escasez económica, no de abundancia relativa de dinero en efectivo (Landini, en prensa). Se ha argumentado que los campesinos buscan realizar el menor desembolso posible de dinero en el desarrollo de su actividad productiva (Cittadini, 1995; Cittadini y Pérez, 1996; de la Barra y Holmberg, 2000), lo que se concretiza en una reducida incorporación de insumos y de mano de obra extrafamiliar, en la

producción para autoconsumo y en un elevado uso de autoinsumos (de la Barra y Holmberg, 2000; Craviotti y Soverna, 1999). No obstante, esta estrategia parece deberse más al contexto de restricción económica en el que se encuentra el campesino que a una preferencia o regla general a partir de la cual organiza su actividad. En efecto, lo que en el estudio de caso realizado puede observarse es una tendencia a utilizar el dinero en efectivo que se recibe por ventas de productos de manera relativamente rápida, con el fin de consolidarlo en bienes más tangibles, dada la dificultad experimentada por estos productores para gestionarlo cuando permanece disponible en efectivo. En este contexto, la bibliografía destaca la tendencia a consolidar excedentes mediante la compra de ganado, herramientas o la realización de mejoras en los predios (Patiño, 2000) o, incluso, mediante la siembra y cuidado de árboles de diversos tipos (Chambers y Leach, 1990). Respecto de la compra de ganado, también se ha argumentado su capacidad para ser vendido en momentos críticos (Stage y Rekve, 1998), funcionando como una suerte de seguro contra riesgos (Ayalew et al., 2003; Waithaka et al., 2006),

Adicionalmente, en nuestro estudio de caso realizado en Formosa encontramos varios argumentos que abonan la línea de interpretación que sostiene que los campesinos poseen escasas capacidades para manejarse en contextos de abundancia relativa de dinero en efectivo. El más interesante de ellos refiere a que estos productores suelen comentar que si no tienen el dinero necesario no van a poder comprar semillas o mandar a hacer arar su tierra. Pero que, en caso de tenerlo, adquirirían aquellas de mejor genética, pagarían preparación de suelo con tractor y contratarían personal para carpir su cultivo. Y esto, aunque hubieran recibido semillas gratuitas de parte del gobierno, contarán con bueyes para preparar su tierra o pudieran carpir su chacra con mano de obra familiar. Se intuye aquí una tendencia a utilizar el dinero disponible sin una clara evaluación de los beneficios del gasto, situación que se contrapone a la teoría que afirma que los campesinos buscan que sus erogaciones sean mínimas.

Otro elemento en la misma línea es la dificultad que experimentan los campesinos para ir ahorrando pequeños montos de dinero que van recibiendo por distintos motivos, lo que los lleva a destacar la importancia de concentrar sus ingresos en uno o más momentos del año para poder hacer algún tipo de inversión. Es que sienten que si no recibieran el dinero todo junto, lo irían gastando de a poco y lo perderían sin poder hacer ninguna inversión que redunde en el bien de la familia. Así, el problema no parece ser el monto total de dinero que reciben sino el hecho de tener que conservarlo sin usarlo. Efectivamente, como se señaló, los productores prefieren recibir un monto menor pero concentrado antes que uno significativamente mayor pero dividido en cuotas. De esta manera, se observa que los campesinos se sienten más cómodos recibiendo montos concentrados, ya que esto les facilita hacer gastos que les permitan consolidar sus ingresos en bienes que redunden en el bienestar de su familia y les evita usarlo en consumos cotidianos que no tienen permanencia.

Todos estos comentarios llevan a destacar el hecho de que la economía campesina es una economía basada y estructurada en términos de escasez, no de la abundancia. De esto se sigue que los campesinos, actores económicos que viven en su propio entorno, disponen de metodologías, conocimientos y vínculos adecuados para desenvolverse en contextos de restricción de recursos materiales (especialmente dinerarios), pero no de abundancia. En consecuencia, cuando se encuentran en situaciones en las cuales deben conservar dinero en efectivo en lugar de hacerlo en bienes, no pueden recurrir a una parte sustancial de las estrategias de que disponen, incurriendo en formas de gasto que no consideran óptimas. Asumiendo esta premisa, se comprende mejor un conjunto de hechos característicos de la economía campesina, como la tendencia a hacer gastos rápidos buscando consolidar las disponibilidades; la extensión de los créditos en especies (alimentos e insumos), ya que esto ayuda a direccionar los fondos que se reciben sin tener que gestionar el dinero; o la preferencia de cultivos que permitan ventas concentradas, debido a que éstos facilitan el ahorro de los ingresos producidos por el trabajo personal, obteniéndose al final una entrada única.

10. Los campesinos, en nuestro estudio de caso, tienden a interpretar a la producción agropecuaria como inequívocamente rentable (teoría de la rentabilidad) y a explicar los casos en los cuales ellos no se apropian de estos beneficios a partir del abuso o expropiación de parte de actores sociales más poderosos (teoría de la expropiación). La teoría de la rentabilidad y la teoría de la expropiación son dos supuestos articulados que parecen encontrarse en la base de diferentes percepciones y conductas campesinas. La teoría de la rentabilidad hace referencia al supuesto, identificado en numerosas entrevistas y en diferentes contextos temáticos, de que la producción agropecuaria y las distintas iniciativas productivas y de comercialización vinculadas con ellas son siempre rentables, por lo que permiten obtener ingresos suficientes para el desenvolvimiento de la vida.

Son varias las evidencias que pueden darse para sostener que esta teoría forma parte de la racionalidad económica de los campesinos de la provincia de Formosa. En primer lugar, cabe señalar la tendencia de los productores entrevistados, comentada previamente, de comprar semillas híbridas o transgénicas, mandar a preparar su tierra con tractor, contratar carpidores o ampliar la superficie de cultivo cuando existen recursos económicos disponibles para ello. Así, se asume que siempre a una mayor inversión le siguen beneficios más altos, sin que parezca mediar una evaluación de la rentabilidad potencial. Como si cualquier gasto productivo introdujera necesariamente un valor agregado mayor que su costo, lo que no puede sostenerse si no se asume, implícitamente, que la producción agropecuaria es en sí misma rentable, con independencia de las circunstancias en que ésta se desarrolla.

En segundo lugar, resulta llamativa la idea, identificada en múltiples entrevistas, de que el no pago de deudas originadas en créditos para la producción debe ser explicado más por la falta de

voluntad de pago del deudor que por una dificultad o imposibilidad económica de hacerlo. Es decir, se asume aquí que la aplicación de un crédito a la producción siempre y en cualquier circunstancia permitiría al menos el repago de la deuda más sus intereses, lo que implica suponer que la diferencia entre el precio de venta y los costos de producción va a arrojar necesariamente un excedente aun al nivel de productividad al que puede acceder el campesino.

Un tercer ejemplo que abona la idea de que el campesino tiende a dar por supuesta la rentabilidad de la producción al nivel tecnológico y en las condiciones materiales en que desarrolla su actividad, es la creencia de que, si contara con capacidad de transporte para su producción, siempre obtendría buenos precios en los mercados concentradores o puntos de venta. Como muchos extensionistas saben, la expectativa de poder contar con un camión para transportar la producción y así obtener mejores precios es muy común entre los campesinos. Baste aquí mencionar que esta idea se apoya en la creencia de que así siempre podrán conseguirse importantes beneficios, cuando es posible que esto no sea cierto, como cuando los campesinos formoseños no pueden vender sus calabacitas o sus sandías porque han perdido su condición de primicias y el costo del transporte al mercado concentrador de Buenos Aires tiende a superar el precio de venta.

Aquí es donde la teoría de la rentabilidad de la producción (expresada en el supuesto de que en los mercados concentradores siempre existen buenos precios) se articula con la de la expropiación. Es que, al pensar que en destino se pagan muy bien los productos mientras se reciben precios magros de parte de intermediarios y transportistas, el campesino asume que éstos siempre y en todas las circunstancias se apropian de beneficios ilegítimos mayores que los que les corresponderían por su actividad. De hecho, es común que los campesinos entrevistados expliquen la disminución del precio de venta de distintos productos ocasionada por la pérdida de condición de primicia por el aumento del monto de expropiación de parte de los intermediarios, y no por una disminución del valor del producto en el mercado concentrador. Así, la percepción del funcionamiento de los mercados tiende a estructurarse en términos morales a partir de la percepción de ser expropiados por los intermediarios. Valga aclarar que aquí no se pretende argumentar que estos actores nunca se aprovechan de su posición oligopólica. Simplemente, lo que se busca señalar es el carácter estereotipado de la percepción de expropiación que tiende a funcionar más allá de las evidencias.

Interesante mostrar cómo se termina de precisar el contenido y la articulación de las teorías de la rentabilidad y la expropiación a partir de la percepción de los beneficios potenciales de diferentes iniciativas económicas. Concretamente, lo que pudo observarse a partir de las entrevistas realizadas en la localidad de Misión Tacaaglé (Formosa), es que los campesinos tienden a valorar la rentabilidad de distintas alternativas productivas y de comercialización de manera contrastante. Por un lado, se describen las opciones inaccesibles por falta de capital como opciones

inequívocamente rentables que tienen un éxito poco menos que asegurado; y, por el otro, se mencionan aquellas que están al alcance de la capacidad económica del productor como poco atractivas por sus escasos beneficios potenciales. Así, se observa que el campesino asume la rentabilidad de las producciones e iniciativas que están fuera de su alcance inmediato, sosteniéndose la teoría de la rentabilidad. No obstante, en contrapartida, niega la posibilidad de acceder a ellas a causa de su condición de pobreza, lo que lo lleva a consolidar su percepción de expropiación y abuso por parte de actores económicos más acaudalados que lo dejan de lado y se benefician enormemente de aquello que al pequeño productor le está vedado.

4. Reflexiones finales

La estructura del presente artículo es relativamente simple. Para comenzar se partió del argumento de que la lógica o racionalidad económica campesina, derivada de su propia cosmovisión, se diferencia profundamente de la mentalidad propia de los empresarios capitalistas. Asumir lo contrario no solamente constituye un error conceptual sino también una de las principales razones del escaso impacto de múltiples proyectos e iniciativas de desarrollo rural. A continuación, se analizaron los conceptos de 'estrategias', 'racionalidades' y 'cosmovisiones', argumentándose que la cosmovisión a partir de la cual los campesinos comprenden su mundo de vida se traduce en una serie de principios, preferencias y reglas de acción denominadas racionalidades, que se expresan en estrategias y prácticas concretas en los diferentes contextos. Finalmente, procurando contribuir a la comprensión de los elementos relativamente compartidos de la racionalidad económica campesina se sintetizaron distintos ejes propuestos por la bibliografía y se procuraron realizar contribuciones originales a partir de un re-análisis de los resultados de un estudio de caso llevado a cabo en la provincia de Formosa desde la perspectiva de la psicología social comunitaria.

Los ejes propuestos para comprender la racionalidad económica del campesino fueron múltiples, por lo que se hace difícil construir una clasificación completa. No obstante, cabe destacar la posibilidad de agrupar la mayor parte de ellos en torno a tres núcleos conceptuales diferenciados. El primero hace referencia a la descripción de la estructura y organización de la unidad productiva campesina, incluyendo elementos como el énfasis en el aprovechamiento de la mano de obra familiar, la creciente necesidad de contar con dinero para subsistir en el contexto de las sociedades contemporáneas y la organización de la explotación campesina en términos de una totalidad integrada y no como rubros independientes. El segundo grupo de cuestiones pone su foco en los objetivos y preferencias de los campesinos y hace referencia a la tendencia a reducir los riesgos antes que a maximizar las ganancias y a la orientación de la actividad económico-productiva campesina a la subsistencia familiar antes que a la búsqueda de ganancias. Finalmente, también puede mencionarse un tercer y último grupo, el cual pone un énfasis

particular en los modos de comprensión y en los supuestos con que los campesinos dan sentido a su mundo de vida. Este grupo incluye tres ejes: el carácter selectivo de los procesos de adopción tecnológica en los campesinos organizado a partir de cosmovisiones, preferencias y objetivos propios, la evaluación directa y concreta de los resultados productivos y las transacciones económicas sin atender a las operaciones matemáticas que subyacen a ellas y la tendencia a interpretar las alternativas económicas inaccesibles como inequívocamente rentables (teoría de la rentabilidad) y las relaciones económicas en términos de expropiación y explotación.

Tomando como base los tres grandes ejes diferenciados previamente, resulta de interés realizar una serie de reflexiones. Puede observarse que el primer grupo, referido a la descripción de la estructura y organización de la unidad campesina, constituye la categoría más consolidada (en términos de la amplitud de la bibliografía que aborda y coincide en torno a estos temas) y la más descriptiva, al no profundizar en las percepciones o formas de comprensión de los actores. El segundo grupo, que hace referencia a los objetivos y preferencias de los campesinos, comporta un grado algo menor de consolidación, ya que no parece ser tan mencionado en la bibliografía consultada. No obstante, en este caso sí se observa una intencionalidad de avanzar hacia una mejor comprensión de la perspectiva del campesino, dejándose atrás el planteo meramente descriptivo del primer grupo. Finalmente, la tercera línea temática se caracteriza por abordar de manera constitutiva los sentidos y supuestos en que se basan las acciones campesinas. No obstante, se observa que este tercer grupo de temas no parece tener el mismo grado de aceptación y reconocimiento que los anteriores, al menos si se juzga esto en relación a la cantidad de artículos científicos referidos a estas cuestiones. De hecho, dos de los tres elementos propuestos constituyen propuestas desarrolladas a partir del trabajo de investigación comentado y no de la revisión bibliográfica realizada. De aquí se sigue la importancia de profundizar en aquellos aspectos que hacen a la comprensión de los sentidos con que los campesinos significan su mundo de vida, con el fin de poder identificar los principios y supuestos a partir de los cuales éstos guían sus acciones, ya que se trata de un área aun insuficientemente desarrollada.

Para finalizar, cabe destacar que bajo ningún concepto se pretende argumentar aquí que los elementos o ejes propuestos en este trabajo para presentar y organizar la descripción de la racionalidad económica campesina constituyan una enumeración completa. Por el contrario, representan una propuesta abierta producto de una delimitación conceptual específica que es necesario discutir, profundizar y reformular. De todas formas, aunque pueda disentirse en torno al contenido específico y al alcance que debe darse a la noción de 'racionalidad económica campesina', el interés por identificar y comprender aquellos principios, reglas, prioridades y supuestos que guían las acciones de los productores campesinos es indudable y, en muchos sentidos, una tarea pendiente.

5. Bibliografía

- Ayalew, W., King, J., Bruns, E. y Rischkowsky, B. (2003). Economic evaluation of smallholder subsistence livestock production: lessons from an Ethiopian goat development program. *Ecological Economics*, 45, 473-485.
- Barkin, D. (2006). Reconsiderando las alternativas sociales en México rural: estrategias campesinas e indígenas. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 15 [Documento electrónico].
- Bendini, M., Tsakoumagkos, P. y Destefano, B. (1993). El trabajo trashumante. En Grupo de Estudios Sociales Agrarios (Ed.), *Campesinado y ganadería trashumante en Neuquén* (pp. 1-78). Buenos Aires: Universidad Nacional del Comahue/La Colmena.
- Bennholdt-Thomsen, V. (1988). *Campesinos: entre producción de subsistencia y mercado*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Berdegúe, J. y Nazif, I. (1988). Presentación. En J. Berdegúe e I. Nazif (Eds.), *Sistemas de producción campesinos* (pp. 9-12). Santiago de Chile: Grupo de Investigaciones Agrarias.
- Berdegúe, J., Díaz M., García, R., Nazif, I. y Quezada, X. (1988). Marco conceptual para el análisis y evaluación de sistemas de producción campesinos. En J. Berdegúe e I. Nazif (Eds.), *Sistemas de producción campesinos* (pp. 139-169). Santiago de Chile: Grupo de Investigaciones Agrarias.
- Berdegúe, J., Díaz, M., García, R. y Quezada, X. (1988). Estructura y funcionamiento tecnológico de sistemas de producción campesinos. En J. Berdegúe e I. Nazif (Eds.), *Sistemas de producción campesinos* (pp. 73-136). Santiago de Chile: Grupo de Investigaciones Agrarias.
- Burr, V. (1999). *An introduction to social constructionism*. Londres: Routledge.
- Cáceres, D. (1995). Estrategias campesinas en sociedades rurales contemporáneas. *Revista de la Facultad de Agronomía*, 15 (1), 67-72.
- Cáceres, D. (2003). El campesinado contemporáneo. En R. Thornton y G. Cimadevilla (Eds.), *La extensión rural en debate. Concepciones, retrospectivas, cambios y estrategias para el Mercosur* (pp. 173-197). Buenos Aires: INTA.
- Cáceres, D. (2006). Agrobiodiversity and technology in resource-poor farms. *Interciencia*, 31 (6), 403-410.
- Cáceres, D., Silvetti, F., Soto, G. y Rebolledo, W. (1997). La adopción tecnológica en sistemas agropecuarios de pequeños productores. *Agro Sur*, 24 (2), 123-135.
- Camardelli, M. (2005). Estrategias reproductivas y sustentabilidad de sistemas ganaderos criollos del Chaco salteño: el caso de los puesteros criollos del lote fiscal n° 20 en el departamento de Rivadavia. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 22, 57-94.

Carenzo, S. (2006). Economías domésticas y proyectos de desarrollo rural: tensiones en torno a las prácticas y sentidos del trabajo. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 56, 137-161.

Carmagnani, M. (2008). La agricultura familiar en América Latina. *Problemas del Desarrollo*, 153, 11-56.

Centeno Bautista, S., López Díaz, C. y Juárez Estrada, M. (2007). Producción avícola familiar en una comunidad del municipio de Ixtacamaxtitlán, Puebla. *Técnica Pecuaria en México*, 45 (1), 41-60.

Chambers, R. y Leach, M. (1990). El árbol, medio de ahorro y previsión del campesino. *Unasyva*, 161, 39-51.

Chaves Alvez, Â. (2005). Conhecimento local e uso do solo: uma abordagem etnopedológica. *Interciencia*, 30 (9), 7-16.

Chirinos, O. (2006). La racionalidad productiva de una familia campesina. *Opción*, 49, 77-95.

Chonchol, J. (1990). Agricultural modernization and peasant strategies in Latin America. *International Social Science Journal*, 124, 135-151.

Cittadini, R. (1995). La importancia de las redes locales de comunicación para una estrategia de extensión. *Visión Rural*, 14, 15-16.

Cittadini, R. y Pérez, R. (1996). La importancia de comenzar entendiendo por qué el productor hace lo que hace. El caso del maíz para forraje. *Visión Rural*, 18, 36-39.

Cittadini, R., Burges, J., Hamdan, V., Natizon, P., Pérez, R. y Dedieu, B. (2001). Diversidad de sistemas ganaderos y su articulación con el sistema familiar. *Revista Argentina de Producción Animal*, 21 (2), 119-135.

Craviotti, C. y Soverna, S. (1999). *Sistematización de estudios de casos de pobreza rural*. Buenos Aires: Ministerio de Economía. Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos. Dirección de Desarrollo Agropecuario. PROINDER

De La Barra, A. y Holmberg, G. (2000). Productive and economic performance of peasant systems under surplus and subsistence conditions: a case study. *Agricultura Técnica*, 60 (1), 52-61.

Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.

Giarracca, N. y Aparicio, S. (1995). Los campesinos cañeros en los nuevos escenarios económicos. En N. Giarracca, S. Aparicio, C. Gras y L. Bertoni (Coords.), *Agroindustrias del noroeste. El papel de los actores sociales* (pp. 137-217). Buenos Aires: La Colmena.

Gómez Espinoza, J. y Gómez González, J. (2006). Saberes tradicionales agrícolas indígenas y campesinos: rescate, sistematización e incorporación a las IEAS. *Ra Ximhai*, 2 (1), 97-126.

- Guzmán Gómez, E. y León López, A. (2005). Multiactividad y migración campesina en el poniente de Morelos, México. *Política y Cultura*, 23, 103-120.
- Henningsen, P. (2001). Peasant society and the perception of a moral economy. Redistribution and risk aversion in traditional peasant culture. *Scandinavian Journal of History*, 26 (4), 271-296.
- Howarth, C. (2006). "A social representation is not a quiet thing: exploring the critical potential of social representations theory". *British Journal of Social Psychology*, 45, 65-86.
- Ibañez, T. (2001). *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (Coord.), *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 469-494). Barcelona: Paidós.
- Krause Jacob, M. (1999). Representaciones sociales y psicología comunitaria. *Psykhé*, 8, 41-45.
- Landini, F. (2010a). *Psicología en el Ámbito Rural: Subjetividad Campesina y Estrategias de Desarrollo*. Tesis doctoral inédita. Doctorado en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Landini, F. (2010b). Ingenieros extensionistas desde la mirada de los pequeños productores. Representaciones, expectativas y realidades. *Mundo Agrario*, 20, 1-23
- Landini, F. (2010c). La dinámica de los saberes locales y el proceso de localización del saber científico. Algunos aportes desde un estudio de caso. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 65, 21-45.
- Landini, F. (en prensa). Income and use of money in the peasant economy. Contributions to rural development psychology from a case study. *Journal of Alternative Perspectives in the Social Sciences*.
- Landini, F., Lacanna, M. y Murtagh, S. (2009). *Aportes y reflexiones desde la psicología al trabajo de extensión con pequeños productores*. Formosa, Argentina: Ediciones INTA.
- Landini, F., Leeuwis, C. y Long, N. (2011). Towards a psychology of rural development. Manuscrito enviado para publicación.
- Lapalma, A. (2001). El escenario de la intervención comunitaria. *Revista de Psicología de la Universidad de Chile*, 10 (2), 61-70.
- Lobos Andrade, G. (2005). Micro-negocios asociativos campesinos: análisis económico de un sistema de producción ovina, región del Maule, Chile. *Gestão & Produção*, 12 (2), 165-175.
- Long, N. (2001). *Development Sociology. Actor Perspectives*. Londres: Routledge.
- Madera Pacheco, J. (2000). Organización y características sociodemográficas de las unidades domésticas de producción campesina. *Papeles de Población*, 26, 151-177.

- Manzanal, M. (1993). *Estrategias de supervivencia de los pobres rurales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Medina, J. (1996). Introducción. En R. Cox Aranibar (Autor), *El saber local. Metodologías y técnicas participativas* (pp. 5-8). La Paz: NOGUB-COSUDE/CAF.
- Montero, M. (1994). Vidas paralelas. Psicología comunitaria en Latinoamérica y en Estados Unidos. En M. Montero (Coord.), *Psicología social comunitaria. Teoría, método y experiencia* (pp. 19-46). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: desarrollo, conceptos y procesos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Mora Delgado, J. (2007). Sociedades campesinas, agricultura y desarrollo rural. *Luna Azul*, 24, 52-58.
- Mora Delgado, J. (2008). Persistencia, conocimiento local y estrategias de vida en sociedades campesinas. *Revista de Estudios Sociales*, 29, 122-133.
- Morais Shimizu, A. & De Stefano Menin, M. (2004). Representaciones sociales de ley, justicia e injusticia. Un estudio con jóvenes argentinos y brasileños utilizando la técnica de evocación libre de palabras. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 36 (3), 431-444.
- Núñez, J. (2004). Los saberes campesinos: implicaciones para una educación rural. *Investigación y Postgrado*, 29 (2), 13-60.
- Orozco Hernández, M. y López Andrés, D. (2008). Estrategia de supervivencia familiar en una comunidad campesina del estado de México. *Ciencia Ergo Sum*, 14 (3), 246-254.
- Ortiz, H. (2008). Turismo rural y campesinado. Una aproximación social desde la ecología, la cultura y la economía. *Convergencia*, 47, 237-261.
- Patiño, J. (2000). Prácticas y racionalidad productiva. Estrategias de los Mazahuas de Ixtlahuaca. *Convergencia*, 22, 193-246.
- Pizarro, O. y Nazif, I. (1988). Análisis económico y financiero de sistemas de producción campesinos. En J. Berdegué e I. Nazif (Eds.), *Sistemas de producción campesinos* (pp. 39-71). Santiago de Chile: Grupo de Investigaciones Agrarias.
- Plunkett, H. y Buehner, M. (2007). The relation of general and specific locus of control to interpersonal monetary choice. *Personality and Individual Differences*, 42, 1233-1242.
- Potter, J. (1998). *La representación de la realidad*. Barcelona: Paidós.
- Ramírez Juárez, J. (2008). Ruralidad y estrategias de reproducción campesina en el valle de Puebla, México. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 60, 37-60.

Robirosa, M., Cardarelli, G. y Lapalma, A. (1990). *Turbulencia y planificación social*. Buenos Aires: UNICEF-Siglo XXI.

Seligman, M. (1989). *Indefensión*. Madrid: Debate.

Silvetti, F. y Cáceres, D. (1998). Una perspectiva sociohistórica de las estrategias campesinas del noreste de Córdoba, Argentina. *Debate Agrario*, 28, 103-127.

Soleri, D., Cleveland, D., Glasgow, G., Sweeney, S., Aragón Cuevas, F., Fuentes, M. y Ríos L., H. (2008). Testing assumptions underlying economic research on transgenic food crops for third world farmers: evidence from Cuba, Guatemala and México. *Ecological Economics*, 67 (4), 667-682.

Stage, O. y Rekve, P. (1998). Food security and food self-sufficiency: the economic strategies of peasants in eastern Ethiopia. *The European Journal of Development Research*, 10 (1), 189-200.

Tsakoumagkos, P., Soverna, S. y Craviotti, C. (2000). *Campesinos y pequeños productores en las regiones agroeconómicas de Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Economía. Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos. Dirección de Desarrollo Agropecuario. PROINDER.

Uzeda Vázquez, A. (2005). *The arabesque of local knowledge. Potatoes, farmers and technicians in highland Tiraque, Cochabamba, Bolivia*. Wageningen, Holanda: Universidad de Wageningen.

Valtriani, A. (1994). Estudio comparativo de dos grupos de pequeños productores implicados en procesos de autogestión. Corrientes (Argentina). *Revista de la Facultad de Agronomía*, 14 (2), 115-126.

Van der Ploeg, J. (2009). *The new peasantries: struggles for autonomy and sustainability in an era of empire and globalization*. London and Sterling, Virginia: Earthscan

Vargas Jiménez, M. (1996). Estrategias de sobrevivencia, alternativas económicas y sociales de la unidad campesina. *Papeles de Población*, 12, 39-50.

Vizcarra Bordi, I. (2004). Hacia un marco conceptual-metodológico renovado sobre las estrategias alimentarias de los hogares campesinos. *Estudios Sociales*, 23, 38-72.

Waithaka, M., Thornton, P., Herrero, M. y Shepherd, K. (2006). Bio-economic evaluation of farmers' perceptions of viable farms in western Kenya. *Agricultural Systems*, 90, 243-271.

Fecha de recibido: 30 de junio de 2011.

Fecha de aceptado: 15 de noviembre de 2011.

Fecha de publicado: 29 de diciembre de 2011.

URL: www.mundoagrario.unlp.edu.ar